

tores. S. Hieron. in vita S. Paulæ. que huye de los que la buscan, va tras los que la desprecian.

Blandum nomen honos, mala servitus, exitus æger. S. Paulin. epist. 36 ad August. El honor lleva un nombre muy halagüeño, importa un servicio muy duro, y aspira á un fin no muy feliz.

Véase: AMBICION.

GRANDEZA DE CARÁCTER, véase: CARÁCTER.

GRANDEZA DEL ALMA, véase: ALMA.

GRANDEZAS DE DIOS; véase: DIOS (GRANDEZAS DE).

GRATITUD, véase: AGRADECIMIENTO.

GULA.

I.

Attendite vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula.

Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.

(Luc. XXI, 34.)

El apetito desordenado de comer es un vicio, tanto más temible, en cuanto se introduce á la sombra de una necesidad, que con frecuencia experimentamos, y cuya precisa satisfaccion no es fácil discernir de un modo conveniente. Cada vez que nos vemos precisados á tomar alimento, debemos considerarnos en peligro, porque tras la necesidad puede venir el exceso, y son muchas las personas que se pierden por los excesos cometidos á la sombra de esta natural necesidad. La gula, en nuestra madre Eva, dió ocasion á todos nuestros males; y grandes son las ofensas que hacen á Dios los que viven entregados á este vicio, del cual quiere retraernos Jesucristo con estas palabras: «Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.»

Como, al parecer, las gentes no se arredran de este vicio horrible,

aún cuando sea uno de los más perniciosos para las costumbres, voy ahora á describiros los estragos y las consecuencias de este vicio. No dudo que, al conocer su trascendencia en el cuerpo y en el alma, en lo temporal y en lo eterno, en el hombre y en el cristiano, le aborreceréis cual conviene. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Muchos, dice el Eclesiástico (Eccli. xxxvii. 34), han muerto de un exceso de comida, al paso, que la sobriedad alarga la vida. No hay en la medicina remedio más eficaz, ni medio más seguro para conservar la salud y alargar la vida, que la templanza; y, al contrario, la gula es el mayor enemigo de la salud y de la vida. Hambre canina, sed rabiosa y mil enfermedades, padecen con frecuencia los que se entregan á sus excesos. Tal vez vosotros, dejándoos llevar de la corriente, atribuíis las enfermedades á la intemperie, al decaimiento de la naturaleza, ó á otras causas muy distintas de la gula; pero los médicos declaran, que la gula es el mayor enemigo de nuestro cuerpo, y el origen de muchísimas enfermedades; y el Espíritu Santo atribuye las enfermedades al exceso de la comida, añadiendo, que la glotonería viene á parar en cólicos y malos humores: *In multis escis infirmitas* (Eccli. xxxvii. 35). Adán, y en él todos los hombres, fueron condenados á buscar el pan con el trabajo y sudor de su frente, porque comió la fruta del árbol á que se le habia prohibido tocar; y muchos de sus hijos, con sus continuos excesos, multiplican sus males, y hacen á su naturaleza bastante industriosa ó bastante bárbara para castigarlos con la muerte.

Es triste tener que valernos de una razon tan humana, como es la conservacion de la salud, para hacer parcos y moderados en la comida á los cristianos, y vernos precisados á servirnos de la medicina, para apartar de los excesos de la gula á los que hacen profesion de seguir las máximas del Evangelio, y de obedecer los preceptos del Salvador. Repetidas veces el Señor nos prescribe la templanza, y nos prohíbe el apetito desordenado de comer. Procurad, hermanos, que no os engañe en esto el amor propio; consultad vuestra conciencia; tal vez os recordará que, más de una vez, por vuestros excesos en comer, habeis caído enfermos, ú os habeis expuesto á peligro de caer enfermos.

Si no bastase este peligro para cambiar el corazon de los que se entregan á la gula, algun terror deberá inspirarles la ofensa que con ella infieren á su razon. El hombre que, por su templanza, puede aspirar al inefable honor de ser superior á los celestiales espíritus, por su gula, hácese, muchas veces, inferior á los irracionales. ¿Qué heroicos

designios puede realizar el hombre en su carne, que no pueden efectuarlos las celestiales inteligencias? Los ángeles son puros; pero su pureza ¿iguala á la virginidad de las almas escogidas, que renuncian á los placeres del cuerpo? El celo por el honor de Dios en que se abrasan los ángeles, es grande; pero ¿pueden, como los mártires, darle la vida por la vida, la sangre por la sangre? Los ángeles no comen; pero los hombres, que saben reducirse á una justa templanza en el comer, ¿no tienen por mérito y por virtud lo que aquellos espíritus tienen por una feliz necesidad? ¿No tienen la ventaja de vivir tan desprendidos de los deleites del cuerpo, como si no le tuvieran, y de triunfar con su precaucion y vigilancia de un enemigo pérfido, encerrado dentro de sí mismos? Sea, en buena hora, más dichosa la virtud de los ángeles; la de los hombres será más fuerte, y, por consiguiente, más admirable. Pero, desde que el hombre se entrega á la gula, se hace inferior á los mismos irracionales. Estos, en virtud de una natural templanza, se contentan con la comida precisa, siendo así que los glotonos no conocen la superfluidad. Aquéllos, por lo regular, no se dejan coger por segunda vez en un mismo lazo; pero los glotonos cada dia se exponen á los mismos peligros.

Pero, lo que hace más horrible el vicio de la gula, son las gravísimas ofensas que contra Dios y contra el prójimo induce á comer. Así como la templanza multiplica y conserva las virtudes, así la gula engendra y perpetúa los vicios. ¿Con cuánta facilidad pasan los glotonos á ser lascivos, idólatras, crueles! Los israelitas, despues de un exceso en comer, adoraron el becerro, y merecieron que sobre ellos descargase el Señor su ira. Herodes, entre el sabor de los platos que cubrían la mesa, pronunció la injusta sentencia de la muerte del Bautista, á quien creía profeta. Faraon, en un convite, decretó la muerte del panadero mayor. Si vosotros os horrorizais de semejantes excesos, es porque teneis cuidado de refrenar vuestra gula; si os abandonais á ella, tal vez seriais peores que los israelitas.

Los golosos quitan á Dios las adoraciones que se le deben, para fijar toda la atencion en su propio apetito, que es su único ídolo; y esta idolatría es, en cierto modo, más abominable que la de los paganos, por cuanto éstos tributaban honores divinos al oro, á la plata ó á los mármoles, y los golosos se lo tributan á la más hedionda materia de nuestro cuerpo: *Quorum Deus venter est* (PHILIP. XIX, 3). El Dios de los golosos es su propio vientre. Hartáronse, dice Dios por boca de Oseas, y levantaron su corazón, y hánse olvidado de mí, que con mano generosa les suministró esos mismos manjares de que abusan: *Saturati sunt, et levaverunt cor suum, et obliti sunt mei* (OSE.

XIII, 6). Por esto decia el Señor al pueblo de Israel: «Cuando comieres y te hartares, cuida sobremanera de no olvidar á tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, y de una casa de esclavitud (DEUT. VI, 12 et 13).» Y no solo olvidan á Dios los golosos, sino que le desprecian. ¿De qué me sirve mi primogenitura? exclaman como Esaú. Demos satisfaccion completa á nuestro apetito, cubramos nuestras mesas con los más delicados manjares; ¿qué nos importa perder á Dios? *¿Quid mihi proderunt primogenita?* (GEN. XXV, 32).

Añadid á esto, las grandes ofensas que hacen á su prójimo, los que se entregan al vicio de la gula. Prescindamos del escándalo que dan á sus semejantes. ¿Quién ignora, que con los gastos de un solo banquete, pudiera proporcionarse el sustento á muchos pobres, y por mucho tiempo? Todos los fieles y todos los hombres son hermanos nuestros, y no debemos considerar como puramente gratuito el socorro que les damos; pues, aún á despecho nuestro, les somos deudores de ello, y no podemos disipar lo que les pertenece. Lo que se malgasta en la mesa de los ricos epulones, pertenece á los pobres Lázaros; por consiguiente, satisfaciendo su gula, gastan lo que no es suyo, desperdician lo que es de sus hermanos los necesitados, y consumen la legítima de los hijos de Jesucristo, que es padre de todos.

Admirable en esto, como en todo, se muestra la religion, pues prohíbe al pobre usurpar los bienes del rico, y prohíbe al rico usurpar al pobre lo que de sus superfluidades le pertenece. De este modo se conserva el maravilloso equilibrio entre fuerzas, al parecer, tan opuestas; hay respeto mútuo para la respectiva propiedad, y hay orden en las sociedades, donde por necesidad tiene que haber categorías. Dejen á Dios la venganza los pobres hambrientos; ya llegará el dia en que los epulones pedirán desde el infierno una gota de agua á los pobres Lázaros, que estarán entonces saciados, y no habrá quien con la punta de su dedo vaya á humedecer la lengua abrasada del réprobo. Jesucristo nos dice, que cuando demos un convite, llamemos á los pobres (LUC. XIV, 13); y con esto nos da claramente á entender, que á los pobres pertenece lo que otros van á comer.

Hermanos míos, si quereis ser buenos cristianos, reprimid el apetito desordenado de comer; no convirtais en vuestro dios ese cuerpo, que bien pronto ha de ser pasto de gusanos. Considerad la pobreza de Jesucristo en sí y en sus miembros, y no malgastéis en inmoderadas comidas lo que debe servir para socorrerla. Contentaos con lo preciso; detestad lo supérfluo; porque la templanza y la sobriedad son indispensables á todo cristiano.

San Agustín decia en el libro de las Confesiones: ¿Quién no se ex-

cede en la comida ó en la bebida? El que en esto no comete ningun exceso, es el más feliz y el más perfecto de los hombres. Por lo que toca á mí, infeliz pecador, no me atrevo á lisonjearme de semejante felicidad; y temo tanto, que el deleite me haga exceder en lo que basta para mi alimento, que me veo obligado, Dios mio, á implorar todos los dias vuestro socorro, á fin de contenerme dentro los límites de la sobriedad, que vos me prescribís: *Certo adhuc adversus concupiscentiam manducandi*. Pues si de esta suerte se explicaba un S. Agustin, ¿cómo podemos nosotros usar otro lenguaje? ¿Cómo podemos dejar de confesar los excesos de nuestra gula? Pues entónces, ¿cómo son tan pocos los que se acusan de este exceso en el tribunal de la penitencia? El tener un apetito desordenado de la comida, que por satisfacerle esteis dispuestos á quebrantar los preceptos de la ley de Dios, ¿no es acaso un pecado mortal? ¿No pecan mortalmente los que pierden la salud por exceso en el comer? ¿No pecan gravemente los que consumen su patrimonio, y empobrecen á sus hijos, por no querer sujetarse á una justa y regular templanza? ¿No pecan venialmente los que comen más de lo que han menester, ó comen, hasta saciarse, por mero deleite? Dios puso en la operacion de comer el deleite, para que no la descuidemos; no para que comamos por deleite.

2. Amados oyentes, la naturaleza se contenta con lo necesario, y no desea precisamente sino lo que le basta; contengámonos, pues, en los límites de la necesidad. Vivamos frugalmente, como nos manda el Apóstol: *Sobrie vivamus in hoc sæculo* (ROM. XIII, 14). Consideremos cuán indigno es, que una carne perecedera se lleve toda la atencion de una alma criada para Dios, y para ser dichosa con la posesion misma de Dios; y cuán vergonzoso es para un cristiano, olvidar el carácter de su grandeza, y degradarse á sí propio, hasta hacerse semejante á los irracionales. En las acciones animales, como la de comer y sustentarse con los alimentos materiales, el hombre se asemeja á los brutos, si bien con la diferencia, de que puede elevar estos actos, bajos en sí, y hacer que, en cierto modo, sean espirituales, segun los respetos y miras que el hombre se proponga, y segun la regla que en ello observe; pero cuando no guarda en esto consideracion alguna, y no quiere ceñirse á los justos límites de una discrecion prudente, entónces, nada tiene que le haga superior á los animales.

¡ Dios mio ! no permitais que ninguno de mis oyentes se entregue á los excesos de la gula. Haced que al tomar alimento eleven su corazon á vos, que se acuerden de vos, y tengan siempre ideas dignas de vos, para que, triunfando de su más peligroso enemigo, vivan estre-

chamente unidos á vos, y alcancen el premio que nos teneis preparado en el cielo.

GULA.

II.

Jesus ductus est in desertum à Spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesús fué conducido del Espíritu de Dios al desierto, para que fuese tentado allí por el diablo.

(MATTH. IV, 1.)

Llevado Cristo, señor nuestro, por el divino Espíritu á un desierto, para que fuese tentado allí por el diablo, en aquel sagrado retiro, propio teatro de la mortificacion, ayunó, por su voluntad, cuarenta dias continuados. Con este sagrado ejemplo, nos intima la santa Iglesia el ayuno de la cuaresma, para que con él veneremos la memoria del que sufrió por nosotros el divino Redentor: quiere tambien, que con esta, como décima parte de los dias del año, consagremos á Dios el diezmo de nuestra vida; que nos preparemos para celebrar dignamente la Pascua; y que celebremos los misterios de la pasion de Cristo, no solo con pias meditaciones, sino tambien con la imitacion, padeciendo con el Señor en este mundo, para gozarnos con el mismo en el cielo.

Estos y otros graves motivos, que declaran los santos Padres, debieran cerrar la boca á ciertos espíritus, que, con sacrilego atrevimiento, declaman contra la ley del ayuno cuaresmal. Vosotros, amados oyentes, que os preciais de hijos humildes de la Iglesia, sin duda estais muy léjos de semejante arrogancia. Para reconocer la obligacion del ayuno y sujetaros á ella, os basta saber, que la Iglesia lo ha mandado. A los Recabitas les bastó el precepto de su padre Jonadab (JER. XXXV, 6), para que se abstuvieran perpétuamente del vino; ¿cuánto más debe bastar á los fieles el precepto de la Iglesia nuestra madre, de aquella madre tan ilustrada, que sabe bien lo que nos conviene; de aquella madre tan discreta, tan compasiva, tan amante de sus hijos,

que no es capaz de mortificarlos sin justos y graves motivos dirigidos á su mayor bien? A cada uno de los fieles está clamando Dios en los Proverbios de Salomon (Prov. i, 8): *Escucha, hijo mio, la instruccion de tu padre, y guarda inviolablemente la ley de tu madre.* Nuestro padre principal es Dios; nuestra madre amantísima es la Iglesia. Escuchemos con sumo respeto la voz del Padre celestial, y guardemos con profunda sumision la ley de nuestra buena madre, que, instruida del mismo Dios, nos gobierna con la mayor discrecion y prudencia. Una de sus leyes más graves y antiguas, es la del ayuno de la santa cuaresma. Recibamos, pues, y observemos con ciega obediencia tan sagrada y venerable ley: *Ne dimittas legem matris tue.* Su exacta observancia, tan propia de los verdaderos hijos de la Iglesia, es la que debo promover con todo mi conato como su ministro; pero, asegurado de que la falta de tan justa observancia en ninguno de vosotros es por desprecio de la santa ley de la Iglesia, sino por la fuerza de la gula, que miserablemente vence á muchos; contra este vicio, tanto más temible, cuanto más lisonjero, se han de dirigir hoy mis declamaciones; y para excitar en vuestros pechos el horror y abominacion que se merece, os haré ver, que *el vicio de la gula, de que suele hacerse tan poco caso, es uno de los más perniciosos al hombre y de los más indignos de un cristiano.* Saludemos ántes á la Virgen santísima: A. M.

1. Si os digo, amados oyentes, que la gula es el enemigo irreconciliable del ayuno; que se le opone con los mayores esfuerzos para exterminarlo, si pudiera, del mundo; nada diré que no lo sepa el más rudo, y no lo califique la experiencia. Pero, si, digo, que es uno de los más formidables enemigos, y acaso el más formidable del linaje humano, con gran dificultad podré lograr vuestro comun asenso. Con todo, ello es así: no hay fiera tan cruel, no hay contagio tan maligno, que haga tantos estragos en los hombres, como la gula desenfrenada. Ella es la que causa insufribles dolores, gravísimas enfermedades, frecuentes muertes, muchas de ellas repentinas ó desgraciadas; ella la que empobrece ricas familias, la que arruina casas ilustres, la que hace abandonar el pudor y la honra, para satisfacer su insaciable deseo. ¿Cuántos, por este motivo, enagenaron sus patrimonios? ¿Cuántos, á imitacion de Adán, se tragaron la muerte con un bocado? ¿á cuántos fueron los banquetes, poco ménos funestos, que al infeliz rey Baltasar, el cual (DAN. v) perdió en la mesa la vida y la sucesion de su familia en el trono de Babilonia? Aquel rico, que, segun refiere san Lucas (Luc. xii. 19), se decia á sí mismo, come,

bebe, regálate cuanto puedas; murió en la misma noche; y ¿quién sabe, si los mismos excesos de la gula, á que se abandonó, fueron los verdugos que tan prontamente le quitaron la vida?

A la gula podemos llamar la madre fecunda de vicios y el fomento de las pasiones: aviva el fuego de la deshonestidad, suministrando pábulo á su torpe llama; enciende ó aumenta la sed insaciable de la codicia, precisando á buscar por todos medios lo que se necesita para complacer á su apetito; cierra las entrañas á los afectos de misericordia, porque mal podrá socorrer á los pobres el que nunca tiene bastante para su regalo; causa una vil desidia; embota el juicio y el discurso; quita el gusto de los bienes eternos y la contemplacion de las verdades más importantes, teniendo el alma sumerjida en los deleites carnales; y, por decirlo en una palabra, suelta las riendas á la disolucion y al libertinaje. ¿Dónde se oyen más las detracciones, las sátiras, las palabras indecentes; dónde se frecuentan con más desahogo las diversiones escandalosas, que en los banquetes? Hasta las injusticias y robos son efectos muy ordinarios de la gula, porque para satisfacer á esta voraz pasion, cuando no bastan los propios caudales, es preciso echar mano de los ajenos. ¿Cuántos, efectivamente, se regalan con lo que usurparon á otros? ¿cuántos, por no cercenar su mesa, niegan el justo estipendio de sus trabajos al pobre labrador, al artesano y al jornalero? Ah! fieles carísimos: no tendríamos el dolor de ver tantos pobres, ni tanta miseria, que justamente nos penetra el corazon, si los banquetes fuesen más raros ó más moderados; si no se gastase para pocos en una hora, lo que pudiera mantener á muchos gran parte del año.

Esos banquetes tan frecuentes y profusos; esas mesas espléndidas, donde se alimenta con el apetito la vanidad, son lazo fatal de las conciencias y público escándalo de los pueblos. ¿Qué lazo más fatal para las propias conciencias, que éste, fomentado por las más viles pasiones, y que produce ó aviva casi todos los vicios? ¿Qué mayor escándalo para los pueblos, que ver cuán vanamente se gasta y se derrama en los banquetes, aún en tiempos muy calamitosos, lo que bastaría para socorrer las necesidades de innumerables míseros, que lloran sin consuelo, por no poder tal vez lograr con todo el esfuerzo de sus clamores, ni aún el sustento preciso para su vida? ¿Qué indignacion, qué sentidas quejas, qué imprecaciones no saldrán de los afligidos pechos de tantos infelices en tales circunstancias? Y siendo cierto por el infalible testimonio de los divinos oráculos, que oye Dios las voces y lamentos de los pobres, como puestos especialmente bajo su amparo; ¿qué terribles rayos de la divina justicia no harán caer sus

altos gritos, sobre las cabezas de los que dieron motivo á ellos con sus locas profusiones?

¡Tantos y tan graves son los males que causa con sus excesos la gula! Y con todo, ¿habrá cristianos, que se abandonen á esos excesos; que se dejen dominar de ese brutal apetito? Por afrenta de la naturaleza humana, hubo en la ciega gentilidad hombres tan carnales, que tomaron por empresa de su vida este vergonzoso lema: *come, bebe, diviértete*, porque, despues de la muerte, no hay más gusto. Aquellos infelices, y los que á título de filósofos han querido seguirles en nuestro siglo, con su mismo error, daban alguna disculpa de su brutalidad. No reconocian más vida que la presente; por esto se procuraban en ella todos los placeres: pensaban, que con la muerte habian de perecer del todo como los brutos; y con este vil pensamiento, querian pasar como los mismos brutos toda su vida, buscando únicamente los gustos del apetito. Però el cristiano, que, despues de esta vida mortal, espera la eterna; que cree firmemente la inmortalidad de su alma, y que algun dia se ha de reunir con el propio cuerpo, para gozar en el cielo eterna gloria, ó padecer eternos tormentos en el infierno; el cristiano, á quien consta por la infalible doctrina del santo Evangelio, que el único camino de su verdadera dicha es el de la mortificación, y el de la infelicidad eterna el de los gustos carnales; el cristiano, digo, con el cierto conocimiento de estas verdades, ¿ha de imitar la vida sensual de aquellos, no sé si diga hombres ó brutos, que tomaron la brutal resolucion de pasarla solo en comer, beber y divertirse? ¿Qué cosa más digna, ó de lástima ó de admiracion?

Aumenta el motivo de asombro la satisfaccion con que viven algunos de éstos, como si su vida fuera inocente, fundados en aquel decantado aforismo: *Comamos bien, y seamos santos*. Mas ¿qué entenderán por *comer bien*? Segun las reglas de la moral cristiana, *comer bien*, es comer lo preciso, es tomar el alimento como medicina, esto es, ni más ni ménos de lo que se necesita para conservar la salud y la vida; un una palabra, es comer por pura necesidad, no por deleite. Si esto se entiende por comer bien, desde luego digo, que los que así comen, pueden ser santos. Però si entienden por *comer bien*, saciar su apetito, serán santos como los infelices israelitas en el desierto, que con las ansias de saciar su voraz apetito (NUM. XI, PSALM. 77), provocaron contra sí la divina ira, y merecieron horribles castigos. Si entienden por *comer bien*, regalarse como aquel gloton del Evangelio, que cada dia ponía una mesa espléndida, serán tan santos como él, que, luego de muerto, fué sepultado en el infierno (LUC. XVI, 22). ¿Qué santos comieron con abundancia ó con

regalo? Una abstinencia rigidísima, unos ayunos largos y frecuentes, es lo que leemos de los santos; però mucha comida y mucho regalo, de ninguno. ¿Qué digo de los santos? Preguntad á todos los escritores antiguos de la Iglesia; ¿cuáles eran las mesas de los cristianos en aquellos felices tiempos, en que la doctrina del santo Evangelio estaba profundamente grabada en sus pechos? Os dirán, que sus mesas eran como las del santo Job, donde resplandecía siempre, no el lujo, como ahora, sino la caridad, partiendo el rico su pan con el pobre, y manteniéndose éste de lo que aquél negaba á su apetito: os dirán, que presidia en aquellas mesas la templanza, siempre acompañada de la circunspeccion y modestia; que aquélla señalaba lo que se debía comer; y esto, con tal parsimonia, que su comida, con ser ordinariamente muy tarde, nunca les impedia las vigiliass y devotas oraciones en que pasaban gran parte de la noche: finalmente, os dirán, que para comer cristianamente, se preparaban con la oracion, meditacion ó sagrada lectura, disponiendo así el ánimo para reprimir su apetito. Tales eran las mesas, tales los banquetes de los antiguos cristianos; y si alguno se desviaba de este arreglado método; lejos de tenerle por santo, no le juzgaban digno del nombre cristiano. Y ¿querrán ahora ser santos con un método directamente opuesto, con un continuado regalo, con magnífico aparato y vanísimo lujo en los banquetes, con unas mesas tan escandalosas como profusas, donde nada se vé ménos que la caridad, la templanza, la moderacion, la cristiana modestia? ¡Oh tiempos infelices! ¡oh costumbres! y ¡á cuánto extremo llegó vuestra relajacion!

Hasta aquí solo he ponderado los daños de la gula con los excesos de la comida. Y ¿quién será capaz de ponderar sus estragos con los del vino? La gula es un apetito desordenado de comer y beber: con este duplicado desorden, se me figura como una serpiente de dos cabezas y dos bocas, que si con la una daña, mucho más inficiona con la otra. El veneno mortal de esta serpiente es el vino, tanto más temible, cuanto suele ser más agradable. ¿Qué daños, qué graves males, qué funestos efectos no causa en sus apasionados? Con decir, que uno de sus efectos es la embriaguez, está dicho cuanto se puede ponderar de funesto y horrendo; porque ¿qué otra cosa es la embriaguez, sino una fuente perenne de torpezas, una madre fecunda de maldades, el enemigo capital de las virtudes, el oprobio del género humano, el colmo de sus miserias?

Por última ponderacion de la miseria humana, dijo el real Profeta (PSALM. XLVIII, 12), que, olvidado el hombre de su alta dignidad, se abatió tanto, que se hizo semejante á los brutos. Y ¿cuándo más pun-